

Luis Durand

## Apresiasi del roto

(*Conclusión*)

### II



EN la luz recién nacida, todo cobró entonces fuerza vívida y expresiva. Los animales inmóviles frente al sol se bañaban en su grata caricia. Desde la caja más alta de los montes y desde lo hondo de las quebradas, se alzaban copos de niebla transparente que se iba disolviendo en la luz, como siluetas ingravidas y caprichosas que la fantasía del pintor más genial tal vez no hubiera podido imaginar. Grandes pájaros se embriagaban de altura, barnizándose las alas en el toldo celeste del cielo. Desde una era perdida entre las hondonadas de los cerros, surgió el ronco lamento de un motor, llamando al trabajo. Era el mes de diciembre y en un recodo, el río fué como una hoz reluciente, que se aprestara a rebanar las sementeras ya próximas a dar a luz su chorro de granos fecundos, en los cuales el hombre había puesto su esperanza.

Abstraído en la contemplación del paisaje, saturado mi espíritu por una deliciosa euforia, me arrancó de súbito el golpe recio de los cascos del caballo de un jinete que venía hacia mi encuentro en impetuosa carrera. Casi junto a mí, se detuvo bruscamente, jadeando y estremecido de energías. Venía el ca-

ballo bañado en sudor, con el belfo tembloroso y cubierto de espuma. Lo montaba en pelo un raro jinete. Era un hombre con los pies desnudos y la desgredada cabeza descubierta. Cubría su torso como única prenda, una frazada convertida en manta. En sus ojos cabrilleaba el agua inquieta de su tremenda y para mí ignorada tragedia. Con ronca y agitada voz me dijo:

—Patrón, dígame por un servicio grande, ¿voy bien por este camino para Ercilla?

Dándome cuenta de su situación, le indiqué en los términos más breves, el camino que debía seguir. El se bebía ansioso mis palabras y a tiempo de partir me dijo con enérgico ruego:

—No me engañe patrón, hágalo por su madre, mire que voy «juyío». Y si puede favorecerme...

Entonces yo poseído por una inquietud casi tan grande como la suya, saqué apresuradamente del bolsillo un billete y, sintiendo una emoción indefinible, se lo di, junto con mi mejor anhelo:

—¡Que te vaya muy bien!

—Gracias, patrón, y que Dios lo bendiga...

Tal si entre sus piernas de hierro hubiera levantado en vilo su magnífico caballo que momentos antes, laceara en algún potrero vecino, partió en desenfrenada carrera, envuelto en una nube de polvo, en medio de la cual, las herraduras de su bestia brillaron fugaces, como si las hubiera disparado contra el cielo. Yo seguí caminando agitado por un tumulto de pensamientos empapados en mi emoción henchida de piedad, hacia aquel roto, que yo no sabía lo que había hecho, pero por el cual sentía nacer en mi corazón de veinte años una especie de admiración. Quién sabe si en aquel momento envidié su vida azarosa, escondido entre las montañas, o batiéndose después como un puma asediado, entre los troncos, frente a los policías que irían afanosos tras sus huellas.

Y pasó el tiempo, los meses, los años y ya casi se borró

de mi memoria aquel episodio, cuando un día en la feria de Chillán, me detuve a mirar unas riendas magníficamente trenzadas que me llamaron la atención. Mientras las examinaba pregunté, sin alzar la vista, su precio al vendedor. Y me quedé asombrado, cuando él me contestó con una voz llena de afecto:

—Son tuyas, patroncito. Para Ud. no valen nada.

Me costó un rato recordar y reconocerle. Fué inútil que le dijera que le había preguntado el precio sólo por curiosidad. Se empeñó en regalármelas, en tal forma que no pude rehusar. La gratitud de ese hombre me hizo realizar, sin pretenderlo, un espléndido negocio.

Todo había sido por una mujer, a quien en un oscuro arrebató de celos apuñaló. El me lo explicó diciendo:

—Y pensar, patrón, por la vida, que la mujer no valía, ni como lo negro «e l'uña». Pero ya usted sabe que el hombre es tan pasionista...

En esa frase está resumida toda la filosofía de su existencia. En su alma generosa y apasionada, no cabe el análisis ni el cálculo. En el espíritu del roto, no pueden haber términos medios para sus afectos, o sus odios. Y es grato constatar que, esta apreciación se mantiene viva y arraigada en nuestro subconsciente, pues también como decía en un principio, se dice rotada o rotería, para significar una incorrección, así también es muy común oír en son de broma afectuosa, frases como estas:

—Miren el roto pillo, o bien: Este es un roto muy diablo. Las que en el fondo encierran una admiración cariñosa. En días pasados, tuve necesidad de hacer un viaje y en los momentos que arreglaba mi maletín, mi chico que tiene ocho años, me dice risueño y tierno:

—El rotito como se va a pasear y no lleva a su hijo.

Esta frase salida de los labios de un niño me hizo pensar que el alma colectiva nacional, guarda un concepto justo para

valorizar las cualidades del roto, en el sentido de considerarlo un hombre bien hombre. Es como un halo de prestigio desprendido de todas las actividades en que le ha tocado intervenir en el desarrollo y formación de nuestra nacionalidad. Su espíritu esforzado y heroico es posible que hoy día esté adormecido, pero se conserva intacto y latente. Necesita ser sacudido, arrancado de ese marasmo de indiferencia que como una corteza de esquiva hurañez, esconde su espontaneidad y la gracia que siempre le ha caracterizado. Pero el drama obscuro de su vida misérrima en campos y ciudades no ha apagado del todo su sonrisa, ni ha concluído con su humorismo de buena ley. Florece en cualquier momento, muchas veces, es cierto, en forma procaz, pero también con salidas tan finas, que encierran una intención aguda y sutil. Esto demuestra que hay en ellos vida interior, riqueza de pensamientos y en todo caso, reservas espirituales que sólo son patrimonio de las razas superiores.

La procacidad, defecto que no solamente puede atribuirse al roto, sino que al chileno en general, es la más evidente herencia que, junto con las buenas, nos dejó el conquistador, no sólo a los chilenos sino a todos los pueblos iberoamericanos. El español, aventurero de oficio por aquellos tiempos, tenía a cada rato oportunidad de renegar y blasfemar de cuanta cosa existía, ya fuera humana o divina, sin que eso quisiera decir que en el fondo de su alma no las respetaba. Raza más inclinada a la exaltación que a reflexionar y a discernir con reposo, guardaba siempre en lo recóndito una gota de misticismo, que como una fuerza intocada le daba energías para expiar por su propia voluntad sus desbordes y arranques de brutalidad. Esto mismo puede observarse en el roto, que desdeña, es cierto, andar en procesiones o haciendo alardes de religiosidad, seguramente por su condición de macho fuerte. Tal vez estima que aquélla está bien en la mujer, pero guarda siempre una firme creencia en las fuerzas superiores que rigen la existencia humana y que hasta hoy, la propaganda tendenciosa no ha podido arrancar de su

pecho. Lautaro, estupendo estratega por facultad congénita y Caupolicán fiero y arrogante, son el índice que muestra el camino de heroísmo y la medida de la inteligencia de nuestro roto. Renacen en el sargento Rebolledo, que en un momento de audacia y de valor increíble se prende en sus hombros las presillas de capitán, en una de las acciones más sangrientas de la guerra del Perú. Así en el guerrillero Neira, que como un fantasma devastador hace enloquecer de ira a los tercios españoles, durante los días de la reconquista.

Si un pueblo sabe reír, aunque se sienta huérfano de todas las dichas y placeres de la vida, que como dijo hace poco uno de nuestros mejores poetas jóvenes de hoy, son para él un gran misterio, no puede estar en decadencia. Un pueblo que sabe elevar su espíritu en los trances supremos y tiene fuerzas de ilusión para creer en que hay más allá una justicia y una compensación, no es un pueblo enfermo, ni roído por los vicios. El corazón del hombre es como la tierra, que si no posee los elementos necesarios para fecundar la semilla, sólo dará malezas y frutos ácidos que nadie aprovechará.

Mucho también se critica esa tendencia del roto a vagabundear, llevando su saco de «monos» al hombro y su quiltro a la zaga, para ir de hacienda en hacienda, «tanteando la chacra», como ellos dicen en su pintoresca y expresiva jerga. Pero esto, más que un mal hábito, no es sino el resultado de una necesidad imperiosa. En casi todos los fundos chilenos, una vez pasada la vendimia y la siembra, las labores agrícolas se restringen en un ochenta por ciento, sin tener el peón suelto oportunidad de trabajar ni de recibir ración, pues aquello sólo alcanza para el inquilino. Entonces no le queda más remedio que echarse al camino, sin chistar, a buscarse en donde ganar algún «pololito» y seguir de nuevo durmiendo un día en un rancho abandonado, al otro, en un boliche si tiene unas «chauchas» para comer algo y comprarle un pan a su perro, a quien cuida con cariño paternal. Muchas veces la noche lo sorprende al raso, si es que

no encontró un muelle de paja, o un galpón en donde acomodar su mísera humanidad.

En todas partes va dejando un poco de su energía, de su esfuerzo para crear una riqueza de la cual nada usufructuó. ¡Cuántas veces durante mi larga permanencia en el campo no lo encontré sentado a la orilla de un camino, comiendo su ulpo frío en su vaso de hueso, o la galleta reseca remojada en la acequia o en una poza que dejó el agua de la lluvia. ¡Y, sin embargo, nunca recuerdo haber visto rencor en su mirada! Desde el fondo de su espíritu fuerte, brotaba una chispita de alegría para saludarnos, con un chiste o pulla de la mejor ley, como por ejemplo:

—¿No vende la bestia, patroncito? Mire que ahora que los trabajos están malos, los hemos dedicao a la compra de caballos p'al ejército... Los hace más la cuenta.

Con mirada penetrante percibe con fino instinto el efecto que produce en el viajero su intento «de meter la calla» y si aquél lo celebra, o disimula una sonrisa, él, gozoso, dirá al punto:

—Me gusta el patroncito, porque no es na de enterao. Te apuesto que los tira un tejo p'al litro. Si se ve que es un jutre que le tiene cariño al pobre. ¿A onde tiene su hacienda pa ir a trabajale? Mire que nosotros somos unos rotos muy achafnaos pa ponerle el hombro. Aguaite, su mercé, los tremendos callos que tienen estas manitos... Nos tan na acostumbrás a tocar el piano. Lo que sí que ahora andamos como piano.

Si el viajero se muestra generoso, ellos se quedan comentando regocijados, su suerte, y el diálogo ha de parecerse mucho al siguiente:

—Hay que ver que le hiciste empeño hó. Yo estaba temiendo que se te juera a disparar el manco y no alcanzaray a apigualar.

—¿Se te ocurre? Contimás que no había pa qué largarle toitita la punta al arao. Tenía cara de güen cristiano el hombre. Güeno, ¿y ahora qué compramos?

—¿Con cuánto te afirmó el jutre?...

—Con un peso. Compraremos ochenta cobres de mosto y un veinte e pan. ¿Qué te parece?

—¡Y pa qué es tanto vicio e pan! Ni que jueray a poner panadería...

Frente a su miseria y a su terco destino, no reacciona con lamentaciones, ni histerismos de tragicomedia. Una indomeñable entereza de alma, les hace arrugar la frente y estirar el labio desdeñoso para encarar a esta dura madrastra que es la vida con ellos. Se evade de su tristeza y de su eterno problema sin solución, con la sonrisa en los labios, lo que prueba que a pesar de los pesares, sigue cumpliéndose en él el viejo aforismo latino: «Mente sana en cuerpo sano». Y esto no obstante las pésimas condiciones en que vive, ya sea en el campo o en la ciudad, porque no podremos decir que el rancho y la pieza del conventillo son modelos de «confort» y de higiene. Pero este es un aspecto del problema, que se aparta del propósito que me animó al escribir estas páginas y materia para extenderse en consideraciones de otra índole, que ya entran en el dominio de la cuestión netamente social.

Algunos sostienen que el roto es humilde y no tiene entereza, ni dignidad. Es posible que en eso haya algo de verdad aparente o excepcional, especialmente en el roto campesino, o sea el huaso como se llama, por la modalidad y características especiales que el ambiente en que vive le imprimió. Sobre este respecto, deseo hacer un breve paréntesis, antes de continuar en lo que deseaba explicar. En un país como Chile, en el cual—según afirma con mucha razón, Domingo Melfi, en su libro «Pacífico-Atlántico»—domina la ciudad sobre el campo, se ve siempre el caso de que el huaso viene a la ciudad a buscar trabajo. Allí se emplea de mozo, sirviente doméstico o cualquiera otra de esas ocupaciones que cuadran a su capacidad. O bien aprende un oficio. En esta forma encontramos al huaso transformado en vendedor de frutas, zapatero, cobrador de carros o

carabinero. Pasados unos tres meses de vida ciudadana, ya no se refleja en sus ojos el asombro de los primeros días. Y si por cualquiera incidencia se ve obligado a abandonar esas ocupaciones, le veremos de barretero en la Pampa, de cargador en los muelles, o de lancharo. Ya ese huasito encogido y temeroso es un roto hecho y derecho. La formación racial es exactamente igual, salvo raras excepciones, como por ejemplo, cuando en la ciudad hay rotos hijos de «gringos pobres». Por consiguiente, ambos tipos humanos, no son ni siquiera primos, sino que auténticos hermanos. Tanto el hijo de una lavandera de la calle Franklin en Santiago, como el de una amasandera de una hacienda de Colchagua, tienen la misma formación étnica.

El roto que vive en el campo es más apocado y taciturno. Es posible que esto se deba a que en la autoridad del hacendado, haya aún mucho de la férula del encomendero. Esta es la causa de que el campesino busque la ciudad, en donde encuentra un clima humano más benigno para satisfacer sus íntimos anhelos. Pero en el fondo, el espíritu de ambos es igual. Macuco y socarrón el uno, mordaz el otro. A este respecto, Palacios en su obra «Raza Chilena», que ya he citado en el curso de estas páginas, cuenta que Darwin en su famoso viaje con Fitzroy a bordo de la «Beagle», notó con viva sorpresa que los campesinos chilenos, tras de servirle una merienda, esperaron de pie a respetuosa distancia, que él comiera, al revés de los otros países que visitó, en donde los que le sirvieron, se sentaron familiarmente a su lado. El ilustre biólogo no atribuyó a humildad semejante actitud, sino que a subordinación social. Y Palacios agrega, con mucho acierto que no es por humildad que el inquilino se quita el sombrero para dirigirse a su patrón, sino como una muestra de respeto.

En la actualidad, tanto en el inquilino, en el peón suelto, o «afuerino», como se le llama en el campo, o en el roto de la ciudad, se conserva vivo y fresco su humorismo y su ingenio liviano y malicioso. Serían cientos de anécdotas las que se podrían con-

tar para poner de relieve toda la sal y la gracia que guarda el alma popular. Cada una tiene, casi siempre, un matiz distinto y de acuerdo con el ambiente. Si ustedes me lo permiten, voy a referir algunas, dentro de las más breves palabras.

Va pasando por el andén de la ciudad de Temuco una muchacha rubia y rolliza, que hace resonar con fuerza sus tacos sobre el asfalto. Un huaso que está apoyado en un poste con el sombrero al ojo y el aire risueño, se saca el cigarro de la boca y le dice al pasar, guiñando un ojo a su vecino:

—¡Tranqueadora la cariblanca! ¿No?

La muchacha se vuelve vivamente para fulminarlo con una iracunda mirada y entonces el huaso, fingiendo un terrible susto exclama:

—Y arisca la condená, mire . . . .

En un día de intenso calor, hay dos rotos que están asfaltando una acera. El trabajo es duro, fatigoso, agobiador. Uno de ellos, viene con el barril de alquitrán hirviente sobre el hombro, mientras el otro lo aguarda al borde de la solera con el rastrillo listo para extenderlo. En esos momentos van pasando dos señoritas. El del rastrillo le dice al otro:

—Hácete a un lao hó, pa que pasc mi familia.

Y viendo que una de las damas no puede contener una sonrisa, el otro agrega:

—No li haga caso, señorita, porque está de novio . . . .

Como se ve, en medio de sus rudos trabajos tiene siempre a flor de labios, la réplica ágil, y sin esfuerzo, el decir gracioso. El campesino si bien es cierto que guarda las apariencias y el respeto que debe a su patrón, no por eso deja de mostrarse ingenioso. En la anécdota siguiente se refleja algo de esto:

Unos días desapacibles, durante los cuales se hace presente una fastidiosa lluvia, que cae a intermitencias, ha dificultado la cosecha de las chacras. La era está húmeda, y los cascotes de las bestias en vez de soltar los granos, los trituran. Por fin, luce un día luminoso en que el viento sopla firme. El patrón se

acerca a uno de los medieros que más contratiempos ha sufrido en su cosecha y deseando levantarle el ánimo, le dice:

—Que tal, don Feli, ¿rinden los porotos? Parece que no va a andar tan mala la cosa...

—Así es, patrón. Y lo mejor es que los vamos a ahorrar hasta el flete.

—¿Cómo es eso? No te entiendo.

—Pero claro, pues, patrón. Porque estos porotos se van a ir solos p'al pueblo. Aguaite su mercé la media pata que ya tienen. Hasta cancheros van a salir algunos.

En otras ocasiones, es una malicia juguetona, la que les cosquillea en el cuerpo.

Don Vidal está reumático, y encuentra a su compadre Fidel en el camino.

—¿Que hay, compaire, como va la salú?

—Malaza, compaire. Toy con viaje pa Los Queñes. La del diantre que no hay encontrao con quien ir. ¡Es tan sumamente aburridor el viaje solo! ¿No conoce usté alguien que quiera ir p'allá?

—Cómo no, pues. On Felipe Díaz se las empluma pasao mañana. Podía irse con él. Lo embromao es que el hombre es tan sordazo. Hay que hablarle a gritos.

—No importa, compaire; usté que lo conoce, porque no le dice que los vamos juntos.

—Con su amigo. Yo les armaré la amistá.

El día indicado se encuentran en el camino los dos viajeros. Vidal le grita:

—¡Güenos días, amigo!

—¡Güenos días!—replica su compañero también alzando la voz todo lo que puede.

Caminan, casi en silencio, la mayor parte del trayecto. De vez en cuando alguna observación a gritos:

—Lindos los bueyes, ¿no?

—Lindos son...

En la cara de ambos, a ratos se refleja cierta extrañeza. Hace un calor desesperante. El mutismo de su compañero, y el cansancio ha puesto de pésimo humor a Vidal. De pronto aquél le hace dar un brinco sobre la silla al gritarle:

—¡Aquellos son Los Queñes!

A lo que Vidal, enojado, volviéndose bruscamente, replica:

—¡No me grite tanto, si no soy sordo como usted!

Entonces el otro también amostazado rezonga:

—¡Me! Yo tampoco soy sordo pue...

Sólo en ese momento vienen a darse cuenta de la broma del compadre Fidel, al hacerlos creer a cada uno que el otro era sordo.

En la ciudad, existe la creencia de que el huaso es cándido e ingenuo, y fácil blanco de bromas y chirigotas. Es cierto que en un comienzo el ambiente lo desconcierta y lo cohibe. Esto unido a su ignorancia y desconocimiento del medio, lo hace desempeñar, en muchas ocasiones un papel lamentable. Pero muy pronto se rehace, y con esa facilidad que demuestra en el campo, para aprender el manejo de máquinas que no ha visto nunca, se amolda a las costumbres de la ciudad, que le atrae porque en ella su personalidad se acentúa, y adquiere su verdadero relieve.

Hasta hoy en día las gentes de la ciudad nos hemos guiado para apreciar al huaso con un criterio un tanto simplista. Creemos que cada uno lleva en su persona ese ridículo y tontería que se refleja en don Lucas Gómez, deplorable caricatura del roto campesino que no corresponde en absoluto a la realidad. Entre nosotros ha existido un inexplicable afán de empequeñecerlo, de mostrar sus defectos, y muy pocas veces sus cualidades, al revés de lo que ocurre en otros países en donde se exalta la figura del hombre del pueblo. Así ha ocurrido con el cow-boy, el gaucho, el charro o el llanero, a quienes en el libro y en la revista se engrandece a diario.

El espíritu nacionalista les forma una aureola a los tipos representativos del carácter y las costumbres populares. En cambio nosotros con un afán desmedido de crítica, los deprimimos en vez de dignificarlos. En la riqueza legendaria de los grandes pueblos, no hay tanto de realidad como de fantasía. Recuerdo que hace poco estuvo en Chile un jinete yanqui, cuya fama de centauro había traspasado muchas fronteras. En los Campos de Sports de Ñuñoa, se midió con un auténtico huaso chileno, en faenas de lazo, doma, y demás acrobacias ecuestres. Posiblemente el yanqui era más artista, más hombre de circo. Pero nuestro huaso resultó ser tan buen jinete como el extranjero. A ese modesto campesino chileno, no lo conocía nadie, antes de ese día; ahora mismo, yo no recuerdo como se llamaba. En cambio el nombre del extranjero rodaba en boca de chicos y de grandes, lo repetían las radios y lo proyectaba la pantalla. Es natural que en eso influya la grandeza del escenario en que actuaba aquel hombre, y los innumerables medios de propaganda que tenía a su alcance, pero en la práctica vemos que nuestros rotos nada tienen que envidiar en nervio y pujanza física, al pueblo de otras razas más depuradas. En los bochinches que suelen armarse entre marineros de otras nacionalidades y rotos chilenos, no puede decirse que a éstos les toca la peor parte.

Es verdad que el hombre del pueblo tiene poco de sentimental o de sensiblero. Ahoga su dolor, se muerde y trata de dominarlo. El llanto sólo humedece sus pupilas, cuando su corazón se ablanda con unos tragos de tinto que lo hacen delatar sus tristezas inéditas. Es posible que a esto se deba el hecho de que ninguno de los poetas populares se haya destacado con vuelo de inspiración poderosa. En el contrapunto del mulato Taguada con don Javier de la Rosa, es vencido el hombre del pueblo, lo que probaría que esas redondillas fueron escritas por un poeta que no pertenecía precisamente al pueblo. Es curioso además observar que cuando este se emociona hasta las lágrimas, es recordando a la patria. En la ausencia la patria ya no es dura

madrastra. Es regazo tibio, perfumado por la evocación, embellecido por todo ese desfile de imágenes que con leve mano llegan a tocar su corazón.

Nuestra literatura ha sido mezquina con el roto. Jamás le ha dado la verdadera importancia que merece. Blest Gana, que escribe en París «Durante la reconquista», la más hermosa y fuerte de sus novelas, traza el perfil heroico y desbordante de simpatía de Cámara, símbolo de lealtad, de gracia y de hombría de bien. Pero entre el poderoso tumulto de aquella novela, se pierde y no alcanza el relieve que debió tener. Daniel Riquelme en sus cuentos de la guerra, «Bajo la tienda», lo presenta sin continuidad, en relatos breves de carácter episódico, sin pintar la figura humana, sino el incidente escueto. Hay además, una novela titulada «El roto», en que el autor cuenta el caso de un muchacho nacido en un lenocinio. Sólo existe uno que otro intento literario en el cual se dignifique su figura. Entre éstos, vale la pena recordar aquel «Juan Neira», de Joaquín Díaz Garcés.

Los escritores de hoy, y entre éstos, debo contarme yo, hemos tratado al pueblo desde un punto demasiado objetivo y próximo. No lo hemos dejado alejarse de nuestra visual, para que cobre ese contorno romántico y legendario que sólo puede dar la lejanía del tiempo y del espacio. De esta manera ha surgido el modelo con excesiva fidelidad, ahogando un poco la leyenda y el ensueño poético. En otros países, como en la Argentina, por ejemplo, el prestigio romancesco tiene en gran parte su origen en la leyenda. El gaucho, en ninguna ocasión buscó la ciudad, para hacerse más fuerte, más libre y más dueño de su destino. Por el contrario, montó en su flete y se fué al encuentro del horizonte, envuelto en la bruma de la pampa infinita. Lejos, su silueta cobró relieve y su figura se tornó hazañosa. La soledad le hizo soñador y enriqueció su sentimiento. Como todo caballero andante fué músico y trovador. Sus canciones desesperadas tuvieron sabor de lejanía; sus duelos por

amor, prestigio caballeresco. Así surgió el Santos Vega, el Martín Fierro y don Segundo Sombra. Todo eso en verdad, es hermoso y poético. Pero en su secreto y en su explicación, no hay más valor real, que el que puede ostentar nuestro roto, cuyos méritos son tan grandes, o mayores, pero de diversa índole. Conviene recordar que este país, hasta el año 70, fué un pueblo de agricultores y de marinos que luchaban rudamente para vivir. No lo enriqueció ni ensanchó sus fronteras la inmigración como en otras partes.

Chile se debe al esfuerzo del hombre del pueblo, que en la pampa salitrera, en la mina, o curvado sobre nuestros campos, forjó la riqueza e infundió animación vital a nuestro país. El pequeño porcentaje de extranjeros que trabajan en las faenas subalternas de esta tierra, creo que es la más elocuente prueba de esta afirmación. En la literatura, para referirnos a él, nos faltó poner una dosis mayor de aquello que recomendaba el lusitano insigne: «Sobre la dura realidad, el diáfano manto de la fantasía».

Hoy existe una estatua al Roto Chileno, en la Plaza de Yungay. Creo que es necesario y urgente que se la alcemos ahora en las páginas humanas y palpitantes de un libro.